



Los hechos contenidos en el informe de M. Marchangy acerca de las sociedades secretas no pueden ser tenidas por fábulas, hoy que se confiesa su existencia y se hace alarde de ser conspirador. Sabemos por un apreciable diputado que por aquel tiempo pertenecía á las Ventas, que en el momento en que vió la luz pública el informe de M. Marchangy, pareció tan exacto á los asociados, que condenaron á muerte al autor. La persona por quien sabemos estos pormenores se opuso á la ejecución de la sentencia (1). No soy yo quien, al oír los martillazos, viendo levantar el cadalso y aprestar la máquina de muerte, era bastante benévolo para dar crédito á los benignos iniciados cuando decían: «¿Conspiraciones? ¡Qué necedad! Nadie piensa en conspirar; nadie ataca la legitimidad. Lo que os infunde miedo es un teatro que se dispone para una presentación de figuras de movimiento.»

Yo no amaba ni admiraba á los *Fantocini* de 1793. Pero si es cierto que existían estas conspiraciones antes de la guerra de España, también lo es que cesaron con esta guerra. Las fanfarronadas después de las jornadas de julio acerca de la comedia de los quince años, son satisfacciones de hombres que se creen seguros; en el momento de la caída de la legitimidad nadie conspiraba; ella se precipitó á sí misma con la mayor espontaneidad. ¿No tomó á la cámara en 1830 por una cámara de enemigos? No se trataba sino de elegir á tres ó cuatro hombres que rabiaban por ser ministros; y que para serlo tenían los talentos necesarios. Hé aquí lo que la legitimidad nunca ha querido comprender: la susceptibilidad harto natural de sus desgracias la obliga hoy á admitir la existencia de conspiraciones imaginarias que la consuelan y la excusan.

Es preciso distinguir las fechas: en el mismo grado en que las maquinaciones se vieron desconcertadas al fin de la guerra de España, eran amenazadoras al principio de esta guerra. Estoy persuadido de la existencia de la conspiración cuyos vestigios indicó el envío del águila á Bayona; era falsa relativamente á las elevadas personas á quienes se quería atribuir, habiéndose servido de su nombre respetable; era verdadera en cuanto á la realidad de su existencia, y se obró prudentemente al no profundizarla. El cañonazo del Bidasoa cambió las conciencias, porque el peso de una bala venturosa no está de mas hacia el lado de la fidelidad. Los franceses que prometían la proclama se presentaron en las orillas del Bidasoa: engañados por la fortuna y por sus amigos, habían esperado ver la bandera blanca bajarse ante la bandera tricolor, y los siglos inclinarse ante su juventud. Si aquellos hombres llenos de energía, entre quienes encontré después un amigo, cayeron en un encuentro funesto, no fue sin honor, porque el honor se acrecienta con la adversidad. No decimos que aquellos á quienes la fatalidad arrastra á pelear contra su patria, son unos miserables, puesto que en todos tiempos y en todos los países, desde los griegos hasta nosotros, todas las opiniones se han apoyado en fuerzas que podían asegurarles su triunfo. Un día se leerán en mis *Memorias* las ideas de M. de Malesherbes acerca de la emigración. No conocemos en Francia un solo partido que no haya tenido hombres en suelo extranjero, entre los enemigos, y marchando contra la Francia. Benjamin Constant, ayudante de campo de Bernadotte, servía en el ejército aliado cuando entró en París, y Carrel empuñó las armas en las filas españolas. La causa no cambia la cuestión; con la causa se justificaria todo; cuando se dice que se combate por la libertad ó por el orden, siempre se incurre en un error, ó siempre se tiene razón.

(1) Véanse además, por lo que respecta á las *Sociedades secretas*, las confesiones de M. Andrijanc, al principio del primer tomo de su interesante obra titulada: *Memorias de un preso de Estado en el Spielberg.*

Cuestiones confundidas.—Objeciones contra la guerra de España.—Respuesta á ellas.—Estado de la península en el momento del paso del Bidasoa.

Los adversarios de la expedición de España han confundido constantemente dos cosas, la cuestión francesa y la cuestión española: aun cuando la segunda no hubiera sido resuelta tan felizmente como la primera, unos ministros franceses no eran responsables á la opinión francesa sino del honor y de la prosperidad de la Francia. Volveré á ocuparme de este asunto.

Tratábase de sublevar nuestros pueblos y nuestro ejército; era preciso optar entre una guerra y una revolución; la primera pareció menos dispendiosa: por una antigua experiencia se sabe ya que la gloria cuesta menos á los franceses que los infortunios.

La guerra no ha sido injusta; teníamos el derecho de emprenderla, porque nuestros intereses esenciales estaban en peligro.

No permita Dios que yo considere las calamidades de un Estado como cosa insignificante; malditos sean los hombres que violando el derecho de las naciones, obtuviesen la prosperidad de su país á expensas de la prosperidad de otro! Era un deber nuestro el evitar á los españoles los males inseparables de toda invasión militar. Nada me había ocultado á mí mismo: sabía que nuestros triunfos debían tener para el pueblo de Carlos V tantos inconvenientes como nuestros reveses; pero en último resultado, al salvarnos le librábamos del mayor de los azotes, de la doble tiranía demagógica y soldadesca. ¿Pudiera ponerse en duda esta verdad? ¿Hemos sido recibidos en Madrid como enemigos ó como libertadores?

¿Cuál era el estado de la península al momento del paso del Bidasoa? ¿Era acaso un país tranquilo y feliz al que íbamos á llevar el desorden, bajo el pretexto de ponernos en seguridad contra un mal imaginario? ¿No se extendía la guerra civil hasta las puertas de la capital? ¿No estaba en armas Cataluña? ¿No estaba amenazada de un sitio Valencia? ¿No estaba sublevado el reino de Murcia? ¿No se trababan combates en las calles de Madrid? La anarquía constituida, la insurrección en los campos reconocida como derecho, el heredero del trono puesto en acusación, las cárceles forzadas, los presos degollados, las propiedades invadidas, los sacerdotes deportados ó ahogados, los ciudadanos desterrados, los clubs predicando la matanza y el terror, las sociedades secretas removiendo y corrompiendo todo, las colonias perdidas, la marina destruida, la deuda nacional aumentada de una manera espantosa: hé aquí la España bajo el reinado de las cortes.

¿Direis que importaban poco la acusación del heredero del trono, la matanza de los curas y todo lo demás? Según vosotros, el género humano debía marchar; tanto peor para los que fuesen arrojados al foso ó aplastados en el camino. Lo comprendemos. Pero yo, mandatario de la Francia, quería ante todo que la Francia marchase, y estas atrocidades llamadas útiles, la impedían marchar á su resurrección. Pero es el caso que lo que vosotros tomáis por un progreso, era una bajada á un pozo de sangre; ¡felices vosotros, si, habiendo salido de esta caverna de asesinatos, después de un siglo de esfuerzos, no inspiráseis horror! ¿Qué hemos ganado en 1793? El directorio, Bonaparte, la restauración, el mejor de nuestros tiempos de descanso, si hubiese sabido salvarnos salvándose á sí misma.

¿Hemos usado de nuestra influencia para dar instituciones á España?

Antes de tener tanto amor á las instituciones de los demás, preciso sería dárselas buenas á sí mismos y

no cambiarlas de ocho en ocho días. Hemos manifestado nuestra opinión respecto del pueblo español y respecto de su escasa estimación hacia nuestras libertades escritas y votadas; ¿convenía al gobierno francés hacerse propagandista de estas doctrinas, buenas á los ojos de unos, malas en concepto de otros, imitar á la Convención ó á Bonaparte, la una que derribaba repúblicas para hacer nacer la anarquía en el círculo de sus prisiones y cadalsos; el otro, que engendraba déspotas para multiplicar la tiranía en la extensión de sus campos de batalla?

Yo deseo á España lo que deseo á todos los pueblos: una libertad medida sobre el grado de educación de estos pueblos: la ilustre patria de tantos grandes hombres hallaría en el restablecimiento de sus antiguas cortes recursos inmensos. Un cuerpo político de lo pasado, paulatinamente modificado por las nuevas costumbres, me parecería bastante poderoso para proteger á los ciudadanos, crear la administración, fundar un sistema económico y devolver la fuerza á esta noble nación, agotada por su heroísmo. Sin embargo, la Francia no estaba llamada á decidir en esta materia; dichosa con sus propias libertades, no podía hacer otra cosa que predicar el ejemplo.

¿Hemos usado por lo menos del derecho de consejo? ¿Existe algún documento que pruebe la moderación de los principios en que el gobierno francés se ha mantenido respecto de la política interior de España?

La carta de Luis XVIII á Fernando os dará la respuesta. En materia de concepción y de prevision independiente, nadie puede acusarnos. El siglo avanza, la democracia aumenta sus fuerzas; y si los caracteres en decadencia pueden sufrirla, los reyes, al sonar la hora providencial, abdicaran voluntariamente ó se verán precisados á retirarse. Si los pueblos corrompidos, sin dejar venir los días y sin escuchar á nadie se precipitan de alto á bajo, lejos de caer en la libertad se abismaran en el despotismo, y por colmo de calamidades este despotismo no será permanente.

Es llamado el conde Lagarde.—Ministerio y periódicos españoles.

Tales fueron los antecedentes de la guerra de España: el conde Lagarde, ministro de Negocios.

Al entrar en el ministerio, escribí, como es costumbre, cartas para anunciar á las diferentes cortes mi nombramiento, y para declararles también, según la costumbre establecida, que nada había cambiado en el sistema político de nuestro predecesor. Dirigí una palabra particular á M. de Gentz, pues conocía su influencia en el espíritu de M. de Metternich, y sabía que la principal contrariedad procedería para mí del gabinete de Viena.

Cumplidas estas formalidades diplomáticas, hice venir de Madrid al conde de Lagarde, que, habiéndose puesto en camino el 30 de enero, llegó el 3 de febrero á Bayona. Los representantes de los aliados habían pedido ya sus pasaportes.

El general San Miguel respondió en una nota alta-nera á los enviados de la Rusia, la Prusia y el Austria; esta, no obstante, dejó un cónsul en Madrid. El rey y las cortes se apresuraron á aprobar la nota del ministerio, y el *Universal* del 13 añadió: «Péis vuestros pasaportes, señores. Sea en buen hora; ¡feliz viaje! Lo que nos aflige profundamente es que S. E. se haya creído obligado á tratar de impolítico al embajador de Rusia; pero, por otra parte, debemos reflexionar que sería demasiada exigencia el pretender que un kalmuco fuese tan bien educado como un habitante de los países civilizados de Europa.»

En fin, este es negocio concluido; buen viaje, y

Dios conceda un hermoso tiempo y un buen camino á la trinidad diplomática! Lo que debe consolarnos de tan sensible pérdida es la llegada de lord Sommerset, que es esperado en Madrid de un día á otro, sin contar el general inglés Roch, que ha llegado hace tres días. Vendrá un tiempo en que en la Europa, y principalmente la Francia, podran hablar y acusaran la inepta y criminal conducta de los gobiernos que han obligado á la España á estrechar mas y mas los lazos que la unen á la Inglaterra.»

Es preciso perdonar á la España, país de novelas y romances, el que se crea civilizada, siendo así que no tiene ni caminos reales, ni canales, ni posadas; ¡á la España, que vive en sus soledades! En efecto, yo la hallé muy civilizada en 1807, porque llegaba de Berberia; me entretenía en escuchar á dos pobres niños desnudos cantarnos una larga canción en un camino montañoso entre Algeciras y Cádiz; me complacía en ver hacer mantea por primera vez en Granada, antes de ir á perderme en la Alhambra; me entretenía en sentarme al lado de unos delante de un ancho hogar en Andújar, mientras mi criado me compraba en la carnicería un pedazo de carnero. Soñaba con Pelayo, con el Cid de Burgos y con el Cid de Andalucía, con el caballero de la Mancha y sus leones, con Gil Blas y el arzobispo; y todo esto me embelesaba, mientras fumaba un cigarro, viendo á los toros acometerse en el campo, y escuchando las lejanas armonías de una bandurria. Los moros que robaban hermosas cristianas y que morían en las márgenes de los rios, Rolando, Guillermo el chato; las justas de Sevilla y las mezquitas de Córdoba se presentaban alternativamente en mi memoria. Pero, español, tú eres poeta y no eres mas civilizado que yo; mal que pese á tus instituciones liberales, vivirás como poeta; pero no como sucesor de Mirabeau. No valemos ni tu ni yo un kalmuco por lo tocante á la civilización. Hablamos de nuestros rios, de nuestros valles, de nuestros claustros, de nuestras bellas artes de un momento en que todavía se ven huellas en los desiertos; callamos por lo tocante á las demás cosas. Rinconete y Cortadillo nos enseñan que cada cual sirve á Dios en el estado á que ha sido llamado.

Por lo tocante á Inglaterra, de la que habla el *Universal*, no necesita que los demás gobiernos la ayuden para estrechar sus relaciones y mantener sus tratados con España: sabe muy bien cómo ha de manejarse para conseguirlo. Ultimamente, creyó tener que reclamar alguna cosa: no se paró tontamente á considerar si el gobierno español tenía ó no tenía colonias, ni el estado de su hacienda, ni si había quedado ó no desolada por Bonaparte, ni si podía ó no temer una guerra con Europa: la Inglaterra no hizo mas que pedir simplemente y amenazar que perseguiría á la marina española si no le pagaban en el acto. Para demostrar mejor su horror á la intervención, reconoció en 1821 el pabellón de las colonias españolas, y se propuso reconocer su independencia por mas que las cortes no quisieren oír hablar de ese particular. El separar el nuevo mundo español del antiguo, no se llama *intervenir* en concepto de la Inglaterra.

Por último, las gracias del *Universal* eran indudablemente del mejor gusto; no les faltaba mas que una sola cosa: cuando Pichegru escribía á un general austriaco: «General, oedme el puesto, de lo contrario os atacaré y batiré;» Pichegru cumplía su palabra; pero el no esperarnos en Madrid, y el irse á Sevilla deseándonos *buen viaje*, ¿no era exponerse á que le devolvieran á tiro su deseo?

Periódicos ingleses.—Dividese la narración.

En tanto que la cuestión no pareció enteramente